

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 620-623.

### **Luis H. Vignolo (1927)**

Muy corta es la obra publicada de Luis H. Vignolo, uno de los ejemplos nacionales de cómo el trajín periodístico diario absorbe muchos de los talentos mejores. Un ejemplo, también, de sociedades que parecen planeadas para trabar el ejercicio de toda posibilidad individual realmente distinguida. Pero como el derecho a una antología no tiene por qué ganarse, como se ganan ciertas cátedras, mediante la mera acumulación de trabajos casi siempre irrelevantes, aquí será considerado Vignolo sin más que un ensayo en el memorable n° 6-7 de TRIBUNA UNIVERSITARIA, otro, "Reencuentro con la tradición española en la pintura de Torres García", en la REVISTA DE LA FACULTAD DE ARQUITECTURA (n° 2, 1960), un manojito de correspondencias sobre política argentina en EL PAÍS, alguna nota en NEXO y unos pocos editoriales en la excelente y desaparecida revista REPORTER.

Pocos títulos, en verdad, pero que bastan para que sea legítimo concederle a Vignolo una importancia (o mejor: una significación) mucho mayor que la de tantas nulidades orondas y prolíficas que hormigean en nuestra vida cultural.

Como la de Cuadro, que salió del socialismo, como la de Ares, que se originó en el comunismo, como la de Luis Pedro Bonavita y la de Methol, que provienen del nacionalismo, toda la trayectoria de la inteligencia de Vignolo, originario del anarquismo y de la militancia en F. E. U. U., podría condensarse en una apasionada voluntad de llegar a las raíces nacionales y populares del área rioplatense, de entrar en contacto vivencial con nuestra realidad, de repensar después, identificado con ellas y sin las muletillas de ninguna ideología, las formas político-sociales más coherentes, más funcionales que nuestro ente hispanoamericano exija, que reclame la altura histórica en que le toca afirmarse y sobrevivir.

Dicho esto y marcados estos contactos, parecería ocioso señalar que la ensayística de Vignolo testimonia la inclinación hacia el enjuiciamiento crítico de lo que el país es, común a todas las últimas generaciones. También la actitud displicente o irreverente, pero siempre negativa, ante las vigencias de un Uruguay senil y desesperadamente maquillado; también la conciencia de la caducidad de todas las estructuras político-sociales fundadas sobre las pautas del racionalismo individualista; también el enfoque revisionista de nuestra historia, y la importancia fundamental atribuida a ciertas realidades y valores: la "forma nacional", la Tradición, la comunidad; también la preocupación por

otros: el desarraigo, la soledad, las relaciones y recíprocas influencias del campo y la ciudad.

En toda esta temática (e incluso en el lenguaje) la obra de Vignolo presenta claros contactos que el lector de estas páginas deberá estar ya, atendido a lo anterior, en condición de señalar.

En el texto seleccionado se ve como Vignolo renhebra el hilo de nuestra historia por la ojiva significativa de la subsistencia y la pérdida de una "comunidad" en la acepción que le da a este concepto la sociología de Tönnies (véase noticia sobre W. Lockhart), es decir, un ámbito social urdido por cálidos vínculos emocionales unificadores, trascendiendo en mucho el bilateralismo de lo contractual y el sentido puramente utilitario y racional de la convivencia. El hábil juego de inferencias e interpretaciones luce en especial en la refisonomización de la generación del 900 como la que añora el mundo comunitario perdido; es posible ver, sin embargo, la debilidad de una exégesis que sólo toma en cuenta a Sánchez y a Herrera y Reissig y deja al margen todo el resto. Lo mismo se puede decir del anarquismo como nostalgia de la comunidad si se atiende (aun aceptando que una cosa es la "racionalización" y otra el "impulso") a sus fundamentos ideológicos europeo autonomistas y racionalistas. El "motivo" de la ligazón de la insubordinación paisana que se expidió en las guerras civiles promovidas por el blanquismo partidario y los arrestos revolucionarios del movimiento obrero (o, como lo dijo Vivian Trías: **de Martín Fierro a los sindicatos**) es un testimonio valioso de la voluntad de las nuevas promociones con conciencia política de fundar las consignas de la acción actual en la más entrañable tradición criolla.

Se dijo que Vignolo prescindía de ideologías cerradas, conclusivas y es cierto. Pero esto no significa que su originario fondo anárquico no se marque en el trozo recogido (y en las páginas que lo deberían complementar), con su hostilidad al estatismo, su ideal de un país "a la medida del hombre", el valor supremo otorgado a una comunidad que encuadre hombres libres en la igualdad, el trabajo y la fraternidad cordial.

No en forma demasiado acentuada pero sí suficiente "Montevideo, la sociedad del desamparo" testimonia la peculiarísima, brillante y muy peligrosa capacidad de Vignolo para formular leyes en base a pocos ejemplos, para interpretar o reinterpretar los hechos más rutinariamente categorizados y restituirles o dotarles de una significación que parecía demasiado trabajoso concederles. Esto tiene sus riesgos, acaba de decirse, y habrá que volver sobre ello al hablar de su amigo, afín y vecino de volumen Alberto Methol Ferré. Pero hay que decir ahora que una excesiva capacidad imaginativa, una desmesurada combustión ideadora, cuando ellas se aplican a la especulación política, pueden parar en un verdadero barroquismo de posibilidades, muy ameno pero eventualmente fútil. La historia y el presente se hacen una realidad esotérica, en las que tan pocos deciden como pocos pueden penetrar, mientras la "inmensa

mayoría” sigue unos sonsonetes, unas creencias que nada han de pesar. Contra cierto determinismo plúmbeo, que supone que “nada” puede variarse, se levanta un culto de la contingencia sobre el que “todo” varía. En nombre de la capacidad de “invención”, de la fecunda fantasía, se supone que de un día para otro lo negro puede hacerse blanco y el león cordero y los ideales, planes, antecedentes, pasiones, adhesiones no contar para nada y todo poder ser jugado en un divertido ajedrez entre unos pocos, sin riesgos, resentimientos, recuerdos.

Esto —hay que apurarse a decirlo— es donde un pensamiento de tal tipo puede llevar, no donde el suyo a Vignolo lo lleva. Pero si en algo, o en bastante, sus características lo alcanzan, ello puede ser una de las causas que han hecho de él uno de los meditadores políticos más sensibles de su generación a todo fenómeno nuevo, a todo evento que rompa esquemas u opiniones preconcebidas. Tal puede ocurrir, si se revisan sus páginas demasiado escasas, con las realidades supervinientes de la lucha interimperialista mundial. Tal con las transformaciones económicas y sociales internas del neo-capitalismo (redistribución de la estratificación de clases, entre otras). Tal con la ambigüedad esencial de los “planes de ayuda” y todas sus nominaciones y variantes (dar salida a los remanentes de capital; voluntad neocolonialista; exorcismos contra transformaciones sustanciales; “auxilios” remuneratorios; servidumbre política; móviles de una estrategia planetaria y “propaganda” eficaz pero —también— reconocimiento de una opinión pública mundial que ya no es fácil de engañar; resignación a límites objetivos en los coeficientes preestablecidos de explotación económica; necesidad de redistribuir en algo los beneficios del aparato productivo; intimidación más que real ante la irrupción de centenares de millones de hombres a la superficie de la historia; concesiones efectivas arrancadas por la necesidad de subsistencia nacional en la amenazadora bipolaridad de poder del mundo y en la pugna por desequilibrarla; auténtico idealismo moral en muchos de los planeadores; desplazamiento de la movilización internacional desde los grupos directamente económicos a los núcleos representativos de una concepción más arbitral del interés nacional). Ambigüedad, dígame de nuevo, a la que la decisión perspicaz, unitaria, tenaz, de verdaderos “estados nacionales” podrá dotar de un sentido positivo y contener en su rampante, relamida capacidad de corrupción. También ha hablado mucho Vignolo de “nasserismo” y a su experiencia de atento observador del remolino porteño debe este rubro de sus intereses. Pero si eso importa es porque también lo ha hecho capaz de advertir la equivocacidad de una serie de movimientos para los que la izquierda clásica tenía siempre un rótulo consabido y “a priori”, por más que se hayan revelado en zonas decisivas del mundo (a veces muy afines a nuestro continente), alentadoras etapas de la emancipación nacional y anticolonial, de la lucha contra oligarquías, estructuras económicas arcaicas y castas políticas superfluas.